

*México, Fuera del Foco de su Atención*

## Las Prioridades de Clinton

★ El TLC se ha Quedado en un Rincón de la Agenda

★ Está a Merced de la Inercia, no de la Voluntad

★ Otros Temas Ocupan el Tiempo y la Energía de EU

LORENZO MEYER

Cuando México se declaró independiente hace 172 años, Estados Unidos no era el país que más preocupaba a sus dirigentes, pero en muy poco tiempo el vecino del norte se transformó en el elemento central de la relación del gobierno mexicano con el resto del mundo. Para bien o para mal, esa situación no sólo se ha mantenido sino agudizado. En contraste, pocas veces México ha sido un foco de atención de los gobernantes estadounidenses, y cuando tal cosa ha ocurrido, no necesariamente ha sido para bien.

En la actualidad, la relación México-Estados Unidos vive plenamente las consecuencias de su naturaleza asimétrica. Hoy, mientras los gobernantes mexicanos están pendientes de todo lo que ocurre en Washington, Washington apenas si les presta atención. Y la razón no es precisamente mala voluntad

en la Casa Blanca, sino el cúmulo de problemas que hoy enfrenta la presidencia norteamericana.

El centro del programa sexenal encabezado por Carlos Salinas no es otra cosa que llevar hasta sus últimas consecuencias, y siguiendo siempre los principios del neoliberalismo, la transformación del sistema económico que se formó en nuestro país durante la posrevolución. Ahora bien, el centro de ese centro del proyecto sexenal mexicano, es el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos (TLC). Si finalmente el tratado no fuera aprobado por el Congreso estadounidense, el salinismo sufriría una derrota significativa, de la que ya no tendría tiempo de recuperarse, y el país en general se vería afectado. Sin el TLC, el problema latente del monstruoso déficit en la relación de México con el exterior —23 mil millones de dólares al concluir este año—, se convertiría en una desagradable realidad. Si por ahora México puede importar y consumir mucho más de lo que exporta, es porque el ingreso de grandes cantidades de capital externo al país lo permite. Pero si el TLC no se concreta, entonces ese capital no sólo dejará de venir sino que empezará a salir, haciendo inevitable una devaluación.

Ahora bien, justo cuando la acción estadounidense en relación a México es crucial para el éxito de la política gubernamental mexicana, el tema mexicano está perdiendo su importancia relativa al otro lado del Bravo. La "relación especial" que hasta el año pasado había existido entre Los Pinos y la Casa Blanca, hoy no existe. La evolución de los acontecimientos dentro y fuera de Estados Unidos a partir de la toma de posesión de William Clinton, ha sido tan rápida, que la Presidencia estadounidense, aunque tuviera voluntad —lo que no es seguro—, no tendría ni el tiempo ni los recursos políticos para abordar el tema mexicano como lo hizo George Bush. Es claro, que pese a ello, la presidencia de México va a seguir poniendo toda su energía y millones de dólares, en presionar a la Casa Blanca y a los congresistas en Washington para que apoyen al TLC, pero esos esfuerzos y dinero poco pueden hacer ahora para cambiar las prioridades estadounidenses.

No es difícil darse cuenta

que el TLC no se encuentra ya entre los temas que hoy encabezan la agenda del Presidente Clinton y su equipo, de los congresistas, de los medios de comunicación, de los cabilderos, de la mayoría de los ejecutivos de las grandes empresas, de los analistas y, finalmente, del ciudadano común. Si finalmente el Congreso estadounidense aprueba el TLC, será más por default que por la voluntad de las autoridades o la sociedad estadounidense.

El Presidente Clinton acaba de admitir que la cantidad y naturaleza de los problemas que reclaman su atención es tal, que él y su equipo han perdido la concentración —el foco— que necesitan para funcionar con eficiencia. Los nuevos ocupantes de la Casa Blanca aún no acaban de calentar sus asientos, cuando el Presidente ya decidió reestructurar a su grupo de asesores inmediatos. En unos cuantos meses, Thomas McLarty —el coordinador del equipo presidencial— ha sido superado por los acontecimientos y necesita ayuda o alguien que lo sustituya.

Los acontecimientos que han puesto al Presidente estadounidense a la defensiva, y que requieren de una respuesta inmediata, son muchos, de importancia y complicados. Para empezar, está la economía. William Clinton acusó a George Bush de no hacer nada en relación al problema central de Estados Unidos: una estructura productiva que dejó de estar a la altura de los tiempos. Pues bien, el nuevo Presidente no parece estar haciéndolo mejor. Por primera vez desde la Gran Depresión, los estadounidenses siguen sin tener confianza en el futuro. Para devolverles esa confianza, el nuevo Presidente prometió disminuir los enormes déficit gubernamental y deuda pública, reactivar la economía y crear empleos en forma masiva, mediante un paquete de inversiones dirigido a mejorar sustantivamente la infraestructura material del país. Sin embargo, sus adversarios en el Congreso lograron torpedear el proyecto económico presidencial causándole su primera gran derrota política a William Clinton y obligándolo a llevar a cabo una gira por todo el país para volver a "vender" sus ideas directamente a los electores. Por otro lado, esos electores no parecen muy dispuestos a aceptar los impuestos necesarios para

financiar los estímulos sin antes ver claramente el programa de cortes en el gasto público. Por lo pronto, el desempleo se mantiene en 7 por ciento —relativamente alto para Estados Unidos—, la deuda pública sigue en aumento y una encuesta reciente entre 400 altos ejecutivos, demuestra que la confianza de ese sector social en el Presidente ha disminuido (New York Times, 9 de mayo).

La reforma al costoso e ineficiente sistema de salud, es otro gran problema, sin solución clara, que ocupa la atención del Presidente Clinton. Prácticamente todos los estadounidenses consideran que tal y como está ahora, el sistema que debe proteger su salud funciona de manera ineficiente e inequitativa, pero no hay consenso respecto de cómo mejorarlo. La presidencia estadounidense ha formado un equipo impresionante para elaborar un plan de reforma, pero los intereses creados a combatir son muy importantes: médicos, hospitales, empresas de seguros, compañías farmacéuticas, etc. Se calcula que el costo de la reforma será de aproximadamente 150 mil millones de dólares al año, ¿quiénes y cómo los van a pagar? En este campo, el Presidente Clinton va a necesitar de toda su energía y tiempo para convencer al público y al Congreso de la bondad de su plan cuando finalmente logre tenerlo.

La política exterior no era ni es el fuerte del Presidente Clinton. Si las cosas hubieran salido como él lo deseaba, la energía de su administración estaría concentrada en los temas internos, pues la guerra fría ya quedó atrás. Sin embargo, la suerte no ha acompañado al Presidente, y contra su voluntad, la política exterior de la posguerra fría se ha colocado entre los primeros puntos de su agenda. Ahora bien, la naturaleza de los temas externos que acaparan la atención de la Casa Blanca son complicados en extremo, y en nada tiene que ver con lo que interesa a México.

A pesar de lo que quisieran el Presidente Clinton y sus conciudadanos, la lucha civil que tiene lugar hoy en la antigua Yugoslavia —concretamente en Bosnia— no puede ser dejada a un lado por quien hoy es, a querer que no, la única superpotencia. Por ese mero hecho, todo conflicto que afecte los equilibrios regionales o las reglas del supuesto "nuevo

orden mundial", es un asunto de interés para Estados Unidos. Sin embargo, no hay acuerdo ni dentro ni fuera de Estados Unidos sobre qué tanto, de qué manera y en qué dirección, se debe de mover el poder estadounidense en la arena internacional en general y en los Balcanes en particular.

En julio del año pasado, cuando aún era gobernador y la política exterior estadounidense todavía estaba a cargo de su rival George Bush, Clinton dijo que si los serbios seguían desafiando el alto al fuego exigido por Naciones Unidas, Estados Unidos debería de lograr la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU para atacar por aire y auxiliar a las poblaciones civiles sitiadas en Bosnia. Hoy, cuando la responsabilidad ya está en sus manos, William Clinton no parece tan seguro de lo que realmente debe y puede hacer en la antigua Yugoslavia. Es ese un conflicto civil extraordinariamente complejo, con raíces centenarias, donde los verdugos de hoy fueron las víctimas de ayer y viceversa, donde ya se han perdido 160 mil vidas, y donde Estados Unidos y la ONU han condenado a los serbios por querer eliminar o excluir por la fuerza a musulmanes y croatas de Bosnia. Sin embargo, americanos y europeos no han logrado unificar sus posiciones en relación a la solución del problema. Ni Europa occidental ni Estados Unidos desean pagar el alto precio de imponer una confederación bosnia, donde supuestamente quienes ahora pelean sin dar ni recibir cuartel tendrían que convivir en diez regiones semiautónomas y un gobierno central débil.

Para Estados Unidos y sus aliados europeos, lo ideal sería un cese al fuego, y que los serbios, croatas y musulmanes, aceptaran formalmente la idea de una Bosnia federada, sin importar lo inviable del arreglo. Si lo anterior no es posible, entonces desearían una guerra que fuera básicamente aérea —donde Estados Unidos y sus aliados tienen superioridad absoluta— bajo la bandera de la ONU, pero donde el liderazgo, aunque no necesariamente el costo, lo llevara Estados Unidos. Desafortunadamente para el Presidente Clinton, los europeos, el Congreso y la opinión pública estadounidense, no están muy convencidos de la eficacia de una guerra aérea, y desde

luego no quieren ni pensar en comprometer un contingente sustantivo de tropas de tierra en una región históricamente inestable. Por tanto, el problema persiste como si lo anterior no fuera suficiente, hay otros asuntos relativamente secundarios, pero que en la agenda estadounidense aparecen más necesitados de la atención y el esfuerzo presidenciales que el TLC. Se trata de temas como el desacuerdo entre el Presidente y el grueso de los altos mandos militares en relación a la participación de homosexuales declarados en las filas de las fuerzas armadas, o la reforma en la relación entre el Congreso y los cabilderos —entre los que se encuentran los contratados por el gobierno mexicano— para reducir el conflicto de intereses en la relación entre el gobierno y los grandes intereses privados.

En conclusión, un vistazo a la agenda nacional de Estados Unidos, y una ojeada al estado de la opinión pública en el país vecino, muestran que México está casi enteramente fuera del foco de la atención estadounidense. Objetivamente, México debe y puede ser visto como un caso especial por quienes formulan y ponen en práctica la política estadounidense, pues la estabilidad del sistema político mexicano, aunque no lo queramos ni nosotros ni los estadounidenses, forma parte del interés nacional de Estados Unidos. Sin embargo, en este momento, la realidad que se ha impuesto al norte del Río Bravo, ha relegado a México y a sus intereses a un lugar secundario en la gran discusión política de la única gran potencia.

El que el TLC haya quedado en un rincón de la agenda estadounidense no quiere decir necesariamente que no vaya a ser aprobado por el Congreso en Washington. Ahora bien, si finalmente el TLC sobrevive, será porque la inercia del proceso que echaron a andar Carlos Salinas y George Bush en el pasado, resultó ser más fuerte que los intereses en contra, pero no porque el Presidente Clinton y los suyos hayan invertido tiempo, energía y voluntad en el proceso. Por ahora, en Washington, el ex candidato presidencial Ross Perot sigue atacando al TLC usando la televisión nacional, y sólo la burocracia encargada del comercio internacional —que no es particularmente importante dentro del conjunto— tiene tiempo e interés para apoyarlo.